

PEDRO ACEVEDO TEJADA,

EL SOLDADO NIÑO DE LA INDEPENDENCIA

Monseñor MARIO GERMAN ROMERO



Pedro Acevedo Tejada, fue el hijo primogénito del Tribuno del Pueblo. Nació el 17 de abril de 1799; cuando estalló la revolución de 1810 empuñó las armas de la patria. Hizo la Campaña del Sur, sirvió en el Estado Mayor de Cundinamarca, ejerció la gobernación militar de Antioquia, pasó a la secretaría de Guerra y fue miembro de la Academia Nacional. Hombre de confianza del General Santander, redactó documentos públicos de la mayor importancia. Escribió el primer texto de Geografía de Colombia, colaboró en los principales periódicos de su tiempo.

Con suficientes méritos fue escalando los grados de la jerarquía militar hasta obtener el título de Coronel de la República. "Como militar, poseyendo un conocimiento exacto de su profesión, y siendo como lo han dicho sus mismos jefes, el alma de la Secretaría de la Guerra; todos sus sentimientos, todas sus ideas al propio tiempo, eran las de un ciudadano entusiasta de los buenos principios, enemigo de todo privilegio incompatible con la libertad y que desdenaba altamente ese espíritu de cuerpo que afecta a las almas vulgares. Nunca o casi nunca llevaba uniforme: y quien recuerde los hermosos artículos de **La Miscelánea** escritos por el mismo Acevedo, sentirá eternamente haber perdido en este generoso republicano, uno de los mili-

tares más amigos de la igualdad y de los derechos de sus conciudadanos". Con estas palabras despedía el periódico **El Conductor** (6 de abril de 1827) al joven militar que murió el 31 de marzo de 1827 cuando no había cumplido los veintiocho años. Otro periódico de la época, la **Gaceta de Colombia** afirmaba que "habría llegado un día a gobernar la República con suceso y reputación, pero esta Parca que siega sin distinción las vidas de los buenos y de los malos ciudadanos, nos ha arrebatado muy temprano la preciosa vida del joven bogotano que hoy lamentamos".

Del libro próximo a aparecer sobre Acevedo Tejada, se publica el siguiente capítulo:

El Militar.

La correspondencia epistolar de Acevedo con su hermano José nos da una idea muy clara del concepto que tenía de la milicia.

Para Acevedo la **instrucción** era un requisito indispensable en todo buen militar: "Aplicáte más y más, puesto cuanto más asciende un oficial, tanto mayor necesidad tiene de saber su obligación". (IX, 22, 1820). "Aplicáte sobre todo a escribir un poco mejor: no te atengas a que Infante y otros bribones han hecho carrera; en llegando la paz (que será muy pronto) es-

tos son nada, nada con sus charreteras. Yo veo que las circunstancias te han impedido estudiar, pero esto no es excusa ni importa mucho; quien sabe leer puede instruirse siempre que lo desee". (s. f.) "Cada día nos acercamos al tiempo en que los **guapos, bestias**, se tendrán que ir a emplear sus fuerzas y bravura con los toros, y no se apreciarán sino el saber y los buenos principios". (VII, 30). Y más tarde con mucho de filosofía: "No puedes figurarte el gusto que me das cuando me hablas de tu aplicación al estudio, esto es un camino para todos los puntos de la fortuna, y la ilustración del espíritu no está por demás aún cuando el hombre se vea reducido a un trabajo mecánico. Sábetelo que he pensado algo sobre las respectivas ventajas y desventajas de la estupidez y del saber, y hasta

MONSEÑOR MARIO GERMAN ROMERO

Prelado Doméstico de Su Santidad, Secretario del Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Bogotá, Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, y Correspondiente de la Real Academia Española de Historia, del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, etc.

Obras publicadas:

El Padre Margallo, Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1957.

Fray Juan de los Barrios y la Evangelización del Nuevo Reino de Granada, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1960.

Incunables Bogotanos, en colaboración, Bogotá, Banco de la República, 1959.

Papeletas bibliográficas para el estudio de la Historia de Colombia, en colaboración, Bogotá, Banco de la República, 1961.

Ensayo de Historia Americana de F. S. Gilij. Traducción del italiano. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1955.

Escribe en el **Boletín de Historia y Antigüedades** del cual es director y en el **Boletín Cultural y Bibliográfico** de la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República.

ahora pienso que quien ha tomado por lo menos algunas nociones generales de las cosas y enseñándose a ejercitar un poco su pensamiento, vive o puede vivir gozando más que un ignorante. Estudia, pues, y piensa, porque es defecto muy común entre nosotros no tener ideas propias, y querer hallarlo todo en los libros, cocido y guisado". (IX, 5, 1826).

Pero no basta la instrucción, se requiere en el hombre de las armas una sólida **moral**: "Cuando veas entre los oficiales jugar, emborracharse, y ser descuidados en su deber, puedes acordarte, que yo evité todos estos defectos cuanto pude y no me ha salido mal". (s. f.). "Comúnmente creen los jóvenes que el militar que no sea descarado, insolente, inmoral y que no manifiesta desprecio por todo lo bueno, hace un papel desairado en los ejércitos, pero esto es un engaño, porque todos los jefes de juicio, graduación y talentos, que son aquellos cuyo concepto nos importan siempre, hacen la debida distinción del oficial moderado y juicioso y el truhán y disoluto". (IV, 25, 1821). "Sé pues aplicado, dócil y moderado aunque seas sargento diez años, que nunca te pesará haberte portado bien; yo te lo aseguro con experiencia, porque tu sabes que puedo tenerme por viejo a los 22 años, según las cosas que he visto y las varias fortunas que han pasado por mí" (VI, 6, 1821). "Procura ganar el aprecio de S. E. y demás jefes con una conducta siempre llena de honor y sujetándote ante todo a todas las miserias (antes) que marcharte con robos o saqueos contra el paisanaje, que por desgracia son tan comunes" (I, 4, 1822).

Nunca entendió que pudieran quebrantarse los reglamentos militares. Cuando su hermano le comunica que ha obtenido una licencia para venir a

la capital, le escribe: "la concesión de ella será una arbitrariedad contraria a lo que expresamente dispone la Ordenanza, y por tanto muy mal vista por el Gobierno Supremo". (VIII, 6, 1822).

Un defecto común entre los oficiales suele ser la falta de **constancia** en el puesto que ocupan. Contra este peligro advierte a su hermano: "No te impacientes por ser tanto tiempo sargento y ver sobre tí otros que lo merecen menos; en toda carrera es preciso sufrir injusticias y humillaciones, pero perseverar en ella para ser algo al fin: yo te digo con experiencia que na hay método más seguro para no ser nunca nada que estar cambiando de planes continuamente". (V, 25 1821). Cuando tuvo conocimiento de que su hermano se dejaba abatir mucho en los trabajos de campaña, le dice que esto le ha causado sumo dolor, y lo anima: "Qué placer para tí cuando vuelvas a la Patria, poderte contar entre los Libertadores de Quito y mostrarte a tu madre y familia con algún distintivo que te procure tu valor y buena conducta!" (IV, 6, 1822) "Me hago cargo de las infinitas penalidades que habrás sufrido, y de las que te esperan, pero un militar de honor todo lo debe sufrir por acreditarse con sus jefes, y hacerse benemérito de la Patria. No te abatas mi Pepe con los trabajos, súfrelos como puedas, que tras ellos es muy dulce el descanso. Tu sabes que yo no hablo en este punto por solas teorías". (VI, 16, 1822).

El militar requiere sentido del **orden** y de la **economía**: "He cuidado del orden y economía; te encargo mucho estas dos cosas en lo militar, porque sea en poco o en mucho son provechosas". (VI, 6, 1821).

En la carrera de las armas lo único que cuenta es el propio **mérito**, no los empeños o recomendaciones: "Es mejor ser oficial por sus méritos que por empeños y consideración" (IX, 16 1820). "Un militar como tú, que comienza la carrera, no debe huír la campaña por más trabajos que se le esperen, y que yo aunque por partes siento en el alma la separación, por otras me alegro de que hayas salido, porque en todo caso no pueden posponerte con el pretexto de que jamás has salido de las guarniciones, cuya tacha debe ser realmente muy sensible para un oficial que tenga honor como tu debes tener en sumo grado. Cuando pases algunas miserias en la campaña, no te abatas y acuérdate que yo en ese mismo país y de la misma edad que tú tienes ahora, sufrí trabajos y calamidades sin número. Siempre procura estar reunido a Santa María, no rozarte con canalla, no jugar ni aún granos de maíz, no perdonar fatiga para ser el primero en tu obligación. Ser subordinado sin bajeza y sostenido sin altanería; nada te digo en cuanto a tus deberes en un combate, porque tu sabes que el destino de un militar es el de prodigar su sangre y su vida por su patria". (XI, 20, 1821). "El militar que solo quiere estar en guarnición es como un comerciante que no quisiera ir a Jamaica por no marearse, y aún a este le queda el recurso de enviar a un dependiente, pero los grados militares no se ganan sino personalmente" (XII, 9, 1821). "Según todos los indicios la campaña contra Maracaibo tendrá un éxito muy pronto y feliz por lo que yo celebraría infinito que tuvieses parte en ella, para ir componiendo tu hoja de servicio y poder contar cuando asciendas que únicamente lo debes a tu mérito y campañas". (XI, 9, 1822). Cuando José le avisa que la herida que recibió en el combate

ha sanado, le escribe Acevedo: "Te confieso que he tenido más placer que pena al leer tu carta del 6 de febrero. La idea de que tu herida va sanando, de que ella es una marca gloriosa para un militar que pelea por su patria, de que te has conducido tan dignamente, y de que en adelante si asciendes no podrá decirse que lo debes al favor, todas estas consideraciones, re-

pito, disminuyen en mi alma mucho el sentimiento que debería causarme tu situación. . . . estoy contentísimo de tí y me glorío de que te vayas mostrando tan digno oficial de Colombia y tan aprovechado de las lecciones de honor, virtud y patriotismo que constantemente has recibido en casa: yo estoy seguro de que no las desmentirás jamás". (III, 9, 1823).

Al hablar el general Lyautey, hoy ministro de guerra de Francia, de la importancia enorme que tiene el papel social de un oficial, insiste tenazmente sobre la acción que corresponde a éste dentro de la paz, mayor según él, que la que puede ejercer en la guerra, desde luego que la generalización del servicio militar obligatorio hace pasar periódicamente por sus manos la flor de la nación. Y largamente se extiende el jefe cuyas altas cualidades han consolidado el dominio francés en Marruecos, en consideraciones acerca de la intensidad que conviene dar la educación del oficial en los tiempos que corren. Al libro en que ellas están consignadas (Du role social de L'Officier) remitimos a cuantos quieran ver hasta dónde llega en los países europeos y cuán justificada está en todas partes la preocupación por las cosas que atañen a la formación de la oficialidad.

Tomás Rueda Vargas.